

Breves Notas sobre las Adivinanzas en México

Por Virginia RODRIGUEZ RIVERA, miembro de la Sociedad Folklórica de México.

Entre los temas folklóricos que han sido vistos en México con cierto desdén o menosprecio, se encuentra el de las adivinanzas. Estas forman parte del acervo que conservan los niños, los ancianos y las gentes sencillas de las poblaciones rurales, sin que hasta ahora haya sido publicado en México, que yo sepa, algún trabajo que trate de clasificar, metódicamente, este encantador tema de por sí sugestivo y que requiere con urgencia la atención de los especialistas, antes que la vorágine presente lo borre para siempre de nuestro saber popular.

Las publicaciones que yo recuerdo hechas en México, bajo el aspecto vernáculo, allá por los años de 1900 y aun a fines del siglo pasado, son aquellos folletos o cuadernillos populares que publicara don Antonio Vanegas Arroyo y que contenían cuentos, canciones, literatura religiosa y algunos otros asuntos folklóricos a que era aficionado este famoso editor.

Estas manifestaciones, tal como nuestro pueblo las conserva, indudablemente parten de la tradición hispánica implantada en nuestro país desde los primeros años de la Conquista, y esto se ve de manera clara y precisa en los pliegos sueltos salidos de la Imprenta de Francisco Rodríguez Lupercio, en México, probablemente en las primeras décadas del siglo XVIII, y, según el decir de don Federico Gómez de Orozco, persona autorizada en estas materias y a quien debo el haber consultado obras en que aparece literatura impresa en esta época de la dominación española, proveniente del siglo anterior. En dichos pliegos que a las veces contienen romances, relaciones, poemas épicos, recreaciones poéticas y aun tesis doctorales de exámenes uni-

versitarios, se encuentra alguno que contiene “Preguntas o enigmas para reír, y pasar tiempo, con sus declaraciones muy curiosas recopiladas por Diego de la Cruz, natural de Córdoba”.

El contenido de este pliego, de indudable origen español, curioso por demás, es de los más arcaicos en nuestro país y nos muestra de qué manera la cultura hispánica se derramaba por América y muy principalmente en México.

Igualmente es probable que influyera en nuestra tradición la obra de don Francisco Rodríguez Marín: “Cantos Populares Españoles”, la cual, a mi ver, es la más completa y nutrida a este respecto y ha hecho sentir su influencia en distintos países de América; en ella se consignan numerosos ejemplos que nos son familiares.

Otro elemento de influencia hispánica durante las dos primeras décadas del presente siglo fué, sin duda, la literatura infantil que en pequeños cuadernitos y en colecciones numerosas, publicara y difundiera, por todos los países de habla española, la casa Saturnino Calleja, de Madrid. En dichas publicaciones aparecieron numerosos ejemplos de la materia que me ocupa; pero no sé hasta qué grado haya dado frutos en nuestro ambiente.

Veamos, en primer lugar, qué sitio ocupa este género de nuestro saber popular. Las adivinanzas o acertijos, como les llaman los españoles, son pequeñas composiciones, concebidas generalmente en verso, que nadie sabe quién las creó, ni en qué momento fueron transmitidas, que utilizaron las nanas o las abuelas, por las tardes, para entretener a sus nietos, y las cuales tienen como fin pedagógico no sólo fijar la atención del niño, entre los cuatro y diez años de edad, sino desarrollar su mente presentándole una serie de cuestiones, de lo simple a lo complejo, llegando a las veces a verdaderos problemas aritméticos que nos demuestran que el pueblo, de una manera ruda y basta, practicaba allá en la paz de las aldeas, verdaderos métodos graduados de enseñanza.

Las adivinanzas, generalmente condensadas, como todo el saber popular, demuestran una formidable facultad de observación objetiva y subjetiva, ya que resumen, en unas cuantas palabras, en ocasiones en dos versos, la caracterización más precisa y completa de los temas que presentan a los niños. Por ejemplo: *Una vieja seca, seca, que le escurre la manteca...* La vela de sebo; o esta otra: *En el monte verdea y en la casa colea...* La escoba de popote.

Algunas veces crece de tamaño y complica los temas sin abandonar la sencillez, como ésta que se refiere a la tempestad, los truenos y las gotas de

lluvia saltando en los charcos, y que, sin embargo, está concebida en una cuarteta pentasílaba: *En altas torres tocan tambores; en salas bajas bailan maderas*. Y en otros casos, en unos cuantos versos se presenta una multitud de temas, relacionados con otros, como en ésta: *En un pozo dos ventanas; sobre ellas, dos miradores; sobre miradores, arcos; sobre arcos, una plaza; sobre la plaza, una montaña, y en la montaña, ermitaños*, cuya solución es: la boca, las ventanillas de la nariz, los ojos, las cejas, la frente, la cabeza y los piojos. Pero algunas veces crece de tal manera la dificultad del asunto que se presenta, que se necesitan verdaderos conocimientos aritméticos para resolver el acertijo. Véase un caso concreto:

Un gavilán iba cazando, muchas palomas volando.

—¿Cuántas váis?—. Las que vamos, otras tantas de las que vamos, la mitad de las que vamos, la cuarta parte de las que vamos, y usted, señor gavilán, componen ciento cabal.

Cuya solución es: 36 más 36, más 18, más 9, más 1 igual a 100.

Por lo que a nuestro país se refiere y retrotrayéndonos a la cultura netamente indígena, tal y como la encontraron los conquistadores, podemos ver, en las páginas acuciosas que dejara el más paciente investigador de las cosas indígenas de nuestro México: el admirable franciscano Fray Bernardino de Sahagún, que los nativos de Anáhuac poseían entre las manifestaciones de su cultura evolucionada, este género folklórico que nos ocupa, y así en su obra, “Historia de las Cosas de la Nueva España”, encontramos un capítulo, el XLII, cuyo título es: “De algunos zazamiles de los muchachos que usa esta gente mexicana, que son los “qué cosa y cosa” de nuestra lengua” (acertijos), entre los cuales hay verdaderas joyas y aciertos de observación que nos hablan con toda claridad del saber del pueblo indígena desaparecido. Véanse, si no, las siguientes:

¿Qué cosa y cosa una jicara azul, sembrada de maíces tostados, que se llama momochtli? El cielo que está sembrado de estrellas.

¿Qué cosa y cosa que va por un valle, y lleva las tripas arrastrando? La aguja cuando cosen con ella, que lleva el hilo arrastrando.

¿Qué cosa y cosa un teponaxtli de una piedra preciosa y ceñido con carne viva? Es la orejera hecha de piedras preciosas que está metida en la oreja.

¿Qué cosa y cosa diez piedras que las tiene alguno a cuestras? Las uñas que están sobre los dedos.

¿Qué cosa y cosa que se toma en una montaña negra y se mata en estera blanca? El piojo que se toma de la cabeza y se mata en la uña.

¿Qué cosa y cosa una uña hueca que está cantando? El sacabuche.

¿Qué cosa y cosa un negrillo, que va escribiendo con vedriado? Son los caracoles que cuando van andando dejan el camino vedriado con unas babitas que dejan.

¿Qué cosa y cosa que en todo el mundo encima de nosotros se encorva? Son los penachos del maíz cuando se van secando y encorvando.

¿Qué cosa y cosa una vieja monstruosa debajo de la tierra, que anda comiendo y royendo? El topo.

¿Qué cosa y cosa un cerro como una loma, y mana por dentro? Las narices.

¿Qué cosa y cosa una cosita pequeñita de plata que está atada con una hebra de hilo color castaño? La liendre que está como atada al cabello.

¿Qué cosa y cosa un espejo que está en una casa hecha de ramos de pino? El ojo que tiene las cejas como ramas de pino.

¿Qué cosa y cosa que dice: salta tú que saltaré yo? La mano del teponaxtli con que lo tienen.

¿Qué cosa y cosa que tiene los cabellos de heno, y está cerca de la puerta de la casa? Es la troje del maíz.

¿Qué cosa y cosa que tiene los cabellos canos hasta el cabo y cría plumas verdes? La cebolla.

Del título de estas adivinanzas indígenas que pusiera el religioso franciscano a esta sección de su obra, se desprenden dos cosas: La primera, el título que daban los indígenas de Anáhuac a este género de pasatiempos, el cual es "Zazamiles", que tal parece quiere decir juguetillos, lo cual nos da la seguridad de la existencia de este aspecto folklórico antes de la llegada de los españoles. La segunda, es la fórmula que empleara Fray Bernardino para consignar las preguntas o enigmas concebida en estos términos: "qué cosa y cosa...", la cual debe de haber sido forma familiar de expresión entre los españoles de la región leonesa, a la que estaba habituado el franciscano y la que perdura entre las adivinanzas peninsulares que aún conserva el pueblo español, como se desprende de aquella que consigna Rodríguez Marín y que dice: "*¿Qué cosa es cosa que entra en el agua y no se moja?*" Los rayos del sol, como se deriva

de una manera natural del título que dan a estos entretenimientos los asturianos con el nombre de “*cosadiella*”.

A algunas otras adivinanzas, a pesar de estar concebidas en castellano, les podemos comprobar su origen indígena; una de ellas, la del “metate” que dice: *Mi comadre la negrita sube y baja en su mulita*. La de “la escoba” contiene fórmulas prosódicas derivadas de aquellas de que se servían los aztecas para marcar el ritmo del teponaxtli, la cual dice: *Tiqui titiqui por los rincones, tú de puntitas y yo de talones*. De igual o parecido origen puede ser la adivinanza del cohete, muy generalizada en todo el país, debido a la irresistible pasión que tienen los indígenas de quemar cohetes en sus fiestas, y que dice: *Tito, tito, capotito, sube al ciclo y pega un grito*.

Algunos acertijos tienen indudable origen americano que bien podría localizarse según los diversos países de América. Entre ellos se cuentan varios nombres de frutas como los de La Piña, El Plátano, La Chirimoya y algunos más; de ellos se desprenden estas dos: *Agua pasa por mi casa, cate de mi corazón, a que no me lo adivinas desde el día a la oración*, o sea el aguacate, fruto comestible al que los botánicos dan el nombre de “*persea gratissima*”. El segundo conecta directamente con algunos cantos otomíes onomatopéyicos o imitativos, como el de los guamúchiles que dice: *El perro hace qua, el toro hace mu, y los pajaritos, chiles, chiles, chiles*.

Todavía a la fecha y en la región de Tlaxcala, se conservan adivinanzas en idioma mexicano que contienen todo el sentimiento indígena. El señor licenciado Miguel N. Lira relató en alguna ocasión las que a continuación se incluyen, cuya traducción al castellano es la siguiente: *Lo negro se hace blanco, lo lejos se hace cerca, los muchos se hacen pocos y los dos se hacen tres*, cuya solución es: El cabello, la mirada, los dientes y la manera de caminar de los ancianos en la decrepitud; en total, la edad senil. *Yo mantengo cinco mujeres, con ellas vivo y a todas tengo en paz; la primera se llama Francisca, la segunda se llama Ambrosia, la tercera Sidronia, la cuarta Soléda y la quinta Micaela*, cuya solución es la siguiente: La primera es la *panchita*, término vulgar aplicado por nuestra gente del pueblo al estómago; la segunda es el hambre; la tercera la sed o sequía; la cuarta la misantropía o tristeza; y la quinta, es el nombre de la verdadera esposa.

De las adivinanzas y acertijos españoles seleccionaré los más característicos de cada una de las doce secciones en que divide su capítulo don Francisco Rodríguez Marín, quien aplica a este género los siguientes nombres correspondientes a diversas regiones españolas: para la de Galicia aplica el de *adiviña*, para la de Asturias, el de *cösadiella*; para la del Levante, o sea Cata-

luña y Valencia, el de *endevinella* y para la de los Pirineos, Aragón, el de *divineta*.

En la primera sección dedicada a los astros, al cielo, a los elementos, aparece este ejemplo indudablemente derivado de los romances castellanos: *Por las barandas del cielo se pasea una doncella vestida de azul y blanco y reluce como estrella*. La luna. Derivada del romance de Santa Catalina.

De la segunda sección, aplicada al cuerpo humano, seleccionaré la siguiente: *Grada sobre grada; sobre grada, molino; sobre molino, fuente; sobre fuente, reluciente; sobre reluciente, monte; sobre monte, ganado, y el podador que viene a podarlo*. La barba, la boca, la nariz, los ojos, la cabeza, los piojos y el peine.

La tercera sección, dedicada a los animales, contiene una adivinanza de un españolismo acendrado: El grillo, insecto ortóptero, muy utilizado en España como distracción, que en ollas expenden por las calles y que las familias colocan en sus ventanas, dentro de pequeñas jaulas, a fin de escuchar su *cri, cri* característico. Dice así: *Soy águila sin ser ave, sin ser rey tengo corona y capa sin ser persona; me cuidan porque no acabe*.

De la cuarta sección, dedicada a los árboles, plantas y frutos, desgloso la siguiente, que tiene íntima relación con el romance de doña Exendra, que dice: *Una mujer me pisó y por mó de mí parió; cayó mala la mujé y con mí flo la curé. ¿Qué yerba, yerbita es?* La borraja, o sea *la mala hierba*, con cuyo nombre es conocido dicho romance en la República de Chile.

De la quinta sección tomo este ejemplo que corresponde a sustancias usadas en los alimentos: *Soy blanca como la nieve; en el campo fui criada; de cristiana tengo algo, aunque no estoy bautizada*. La sal.

En la sexta sección encontramos ejemplos como el siguiente: *Cien redondinos, un redondón, un saca y mete, y un quita y pon*. El horno de pan. (Los panes, el redondel del horno, la pala y la pintadera).

La adivinanza de la rueda, que está tomada de la séptima sección, dice: *Una señora muy maja que en Valencia está bailando y al son de las castañetas las tripas le van quitando*; la cual, aunque se refiera a un objeto de la cultura nórdica de Europa, por la manera de estar concebida, resulta completamente española.

La octava sección, dedicada a los acertijos en que intervienen letras del abecedario, nos ofrece el siguiente, que se refiere a la letra *o*: *La última soy*

en el cielo y en Dios el tercer lugar; me embarco siempre en navío y nunca estoy en el mar.

La novena sección, referente a los oficios, nos da la siguiente adivinanza: *¿Quién es aquel caballero que me causa maravilla, que mientras alzan la hostia está sentado en su silla?* El organista.

La décima sección corresponde a los nombres de personas, y de ella tomo el siguiente ejemplo: *Con la cama d'un navío y la casa d'un centinela se hace el nombre de mi dama sin que le falte una letra.* Margarita.

Es religiosa la undécima sección casi en su totalidad, y de ella he separado el siguiente acertijo: *Cincuenta y cinco soldados han venido a este lugar; los cincuenta piden ave, y los cinco piden pan.* El rosario.

La sección duodécima está dedicada a enigmas y problemas, por lo cual es excusado decir que los temas que en ella se tratan son cada vez más complicados hasta llegar a constituir verdaderos logogrifos. Escogeremos uno de los más breves: *Si lo haces tienes que hacerlo; y si no lo haces, te lo hallas hecho.* Lo cual quiere decir: Si te desnudas tienes que vestirme; y si no te desnudas, te hallas vestido.

* * *

Pasemos ahora a considerar cómo nuestro pueblo, de cualquiera región de la República, en cuanto empieza a recordar adivinanzas, le vienen a la memoria muchos acertijos que se encuentran consignados en los folkloristas españoles y que, sin embargo, es tal la connaturalización que tiene con ellos, que los da por suyos, al grado que muchísimas personas jamás se han puesto a considerar cómo los han aprendido ni qué origen puedan tener. En vista de esta circunstancia, voy a referirme a los acertijos que podemos llamar tradicionales, pero que forman parte de nuestro acervo; los presentaré paralelamente, colocando, en primer lugar, el ejemplo mexicano y en segundo, el español, a fin de comprobar la ascendencia y semejanza.

Las estrellas

En Tabasco se usa así: *Canastita de avellanas que de día te recoges y de noche te desparramas.*

En España la encontramos de esta manera: *Un platito de avellanas que de día se recoge y de noche se derrama.*

La gallina

En Tabasco: *Una señora muy aseñorada con muchos remiendos y ninguna puntada.*

En España: *Una señorita muy señoriada con muchos remiendos, ninguna puntada.*

La taba

En Puebla se conoce de este modo: *En cueritos y en pelota delante de Dios estaba.*

En España: *Estaba abajo e la pierna y abajo e la pierna estaba; estaba porque lo digo y porque lo digo estaba.*

El pinacate o escarabajo

En Veracruz y Puebla: *Sala barrida, patio regado, sale un negrito muy empinado.*

En España: *En un cuartito barrido y fregado, está periquillo apatarracado.*

La granada de Castilla

En Veracruz se conoce de este modo: *Soy redonda como bola, cuatrocientos hijos tengo, con la cola los mantengo.*

En España: *Redonda como una bola me mantengo por la cola; tantos hijos como tengo a todos les doy corona, y a mi amo desconsuelo cuando me caigo en el suelo.*

La campana

En Jalapa, Ver., se conoce con el siguiente aspecto: *Una vieja con un diente llamando a toda la gente.*

En España: *Una vieja remolona, tiene un diente en la corona y con aquel diente llama a la gente.*

La vela de sebo

En México: *Una vieja larga y seca que le escurre la manteca.*

En España: *No es de marfil ni de hueso y echa manteca por el pescuezo.*

La carne y el gato

Se conoce en Tabasco de la siguiente manera: *Mángoro mángoro está colgando, míngoro míngoro está abajo; si mángoro mángoro se cayera, míngoro míngoro se lo comiera.*

Es probablemente una cosadiella asturiana el antecedente de este acertijo mexicano. En Rodríguez Marín aparece concebido de la siguiente manera: *Pingo pingo está colgando, mango mango está mirando; si pingo pingo se cayera, mango mango lo recogiera*; y significa la morcilla y el gato. Ahora bien, aseguro que es una cosadiella asturiana basándome en los vocablos mángoro míngoro, que son de indudable origen asturiano, ya que don Constantino Cabal, en su "Mitología Asturiana", nos cita el tango-mango, el tángole mángole, el sángole mángole; y todavía más, el canto portugués de las diez meninas que es citado en la página 466, capítulo de Oraciones, Ensalmos y Conjuros por don Francisco Rodríguez Marín, "Cantos Populares Españoles", T. II. Es un exorcismo de números invertidos que queda aclarado por el mismo autor de la siguiente manera: Tango—yo toco; Mango—yo destruyo.

Otro género de acertijos podría señalar aunque no conservan fielmente la solución; sin embargo existen semejanzas en su construcción que los asocian. Veamos un caso:

En México tenemos la adivinanza de El piano de cola, concebido en estos términos: *En un cuarto muy oscuro daban pasos muy queditos, el vivo tentaba al muerto y el muerto daba de gritos.* La cual, por su iniciación hace recordar la adivinanza de la nuez que en España aparece en esta forma: *En un cuarto muy oscuro cuatro piernas vi estar; no son de persona humana, ni tampoco de animal*; o la del candil que dice: *Un vivo estaba colgado y muertos iban a verlo; él a todos daba vida y vida queda con él.*

Entre los acertijos complicados que también existen en México y cuya indudable ascendencia española me hace suponer que quien los sabía recibió la tradición peninsular en forma directa, se encuentra este, procedente de la ciudad de Jalapa, aprendido y conservado por la señora Elena Rivera de Rodríguez, y que seguramente data del año de 1870. Este acertijo es del tenor siguiente:

Pan mató a Pana, Pana mató a siete, siete muertos mataron a siete vivos. Lo cual quiere decir que Pana, nombre de una burra, fué envenenada y al comerse su cadáver los zopilotes murieron; otros siete zopilotes devoraron a los anteriores y quedaron muertos. Este ejemplo conecta con el siguiente que

consigna Rodríguez Marín en su cuento popular "Las tres adivinanzas", y que publicó en la Enciclopedia en 1879 y el cual está concebido de la siguiente manera :

Paula muerta mató a siete y siete mataron a tres, cuya explicación se expresa en el dicho cuento y que más o menos puedo sintetizar en esta forma: Con un pan envenenado fué muerta la burra que se llamaba Paula, siete zopilotes comieron de su carne y muertos éstos, a su vez mataron a otros tres zopilotes que vinieron a devorar sus cadáveres.

Me afirmo en la creencia de que la persona que refería el anterior acertijo había recibido la tradición directa, porque además sabía este otro: *Apunté al que vide y maté al que no vide*, que es indudablemente derivado del siguiente: *Tiré lo que vi, maté lo que no vi; comí carne muerta y por nacer; pasada por las llamas de la iglesia, bebí agua ni en el cielo ni en la tierra*, que aparece en el mismo cuento español y que fué publicado en la Revista Enciclopedia, y cuya solución es la siguiente: Un cazador que apuntó a una liebre y mató a otra cargada, se comió a la liebre ya muerta y a la cría, habiéndolas asado con la luz de la lámpara de una iglesia y como tuviera sed después, se tomó el agua del vaso donde ardía la mariposa.

No quiero pasar adelante sin citar, como caso curioso, los ejemplos contenidos en una recopilación de hojas sueltas impresas a que ya me referí al principio de este trabajo, y que se encuentran concebidas en el lenguaje usado en la época de la dominación española. He aquí algunas de estas adivinanzas:

En un sepulcro vi *estar*
 más de veinte cuerpos muertos,
 y tan grandes *vozes* dar,
 que yo me paré a *escuchar*.
Fi gritan van a conciertos
 y viles que *vozcan*
 con sus *vozes* tan pulidas,
 que cierto me *enamoran*
 y eran las *vozes* que *davan*
fin fentido, muy *fentidas*.

Los órganos.

Paffando por cierta venta,
 vide *vn hombre estar fentado*
 comiendo con *falpinienta*,

lo que no *se* mete en *quenta*
entre carne ni *pefcado*.
Yo le *dixe* que *fi avía*
algo que darme a comer,
y él *dixo* que me daría
de aquello que no tenía,
ni *esperava* de tener.

Las turmas de tierra. (1)

Quién es aquel esforzado,
que *folo* puede vencer,
mas *despues* de acompañado
aunque vaya muy armado,
no tiene tanto poder.
Y al tiempo de *fu* nacer
fale cubierto de vello,
despues dexalo caer
más *hermofo* que con ello.

El vino.

Pasaré ahora a señalar unas cuantas de las adivinanzas que juzgo producidas en nuestro ambiente, ya sea que por su carácter nos pertenezcan o porque no he encontrado todavía los antecedentes hispánicos que les hayan dado origen. Por ejemplo la de El cadillo, que procede de Tabasco y dice:

Chiquitito, chiquitito, él que se me pega, yo que me lo quito.

De la misma procedencia es la de la caja de muerto, concebida en estos términos: *El que la hace, la hace cantando y el que la compra, la compra llorando.*

El señor don Rubén M. Campos consigna, probablemente del Estado de Guanajuato, correspondientes a los siglos XVIII y XIX, las siguientes, que me parecen de indudable sabor mexicano:

Caballito de banda a banda, que ni come, ni bebe, ni anda: El puente.

Alto alto como un pino, delgadito como un comino: El humo.

En una caja prevengo una ordinaria pintura, es exquisita mi hechura porque pies y piernas tengo, cada rato voy y vengo, sin ser ave tengo pico, todos me cogen los pies para quemarme el hocico. Las despabiladeras.

La que a continuación consigno, es del primer tercio del siglo XIX, año de 1806 y dice así:

(1) Criadilla de tierra.

Mi vestido es tornasol; con mi cuchara en la boca; tengo como monja, toca; mis pies son de quita sol; mi ataúd, una hoja de col; mi mortaja unas tortillas, y para salir de mí, me cantan las seguidillas. El Pato.

Lo anterior nos da a conocer cómo vendían el pato en México las indias de Texcoco, cómo lo comía y aún come el pueblo, y de qué manera lo pregonaban cantando. La fecha del acertijo es fácil deducirla, ya que las seguidillas bajo el título de "La Patera" se cantaban en nuestro Coliseo de México a fines del siglo XVIII y principios del XIX, como formando parte de la Tonadilla Escénica.

Poco más o menos de la misma época es la siguiente que procede de México, ya que su uso es casi seguro tuvo origen en este país en tiempos prehispánicos: *Pariente soy de Molina, ni yo sé cuál fué mi madre; siempre estoy en la cocina por mañana, noche y tarde; mi cabeza es de piruetas, tiene cual fraile cerquillo; cuando trabajo doy vueltas, bailo sobre el pulpito mis visperas y completas.* El molinillo.

Una última categoría de adivinanzas podría citarse para ilustrar este trabajo; pero en vista de lo escabroso de su lenguaje me eximo de hacerlo, por ser muy conocidas y estar en la mente de todos: me refiero a las adivinanzas picarescas, las cuales sobreabundan en nuestro ambiente, ya que nuestro pueblo es sumamente aficionado a ellas y de gran ingenio para crearlas.

Con esto concluyo poniendo de esta manera mi grano de arena en la investigación folklórica. Bien mirado el asunto de que se trata, y con trabajos subsecuentes, es indudable que esta materia se enriquecerá de día en día, para bien de la tradición de nuestro país.

Datos bibliográficos que se tuvieron a la vista para desarrollar este trabajo:

Cabal, Constantino. *Mitología Asturiana*.

Campos, Rubén M. *El Folklore y la Música Mexicana*.

Colecciones de hojas impresas. Año de 1700 y siguientes. Libro propiedad de don Federico Gómez de Orozco.

Menéndez y Pelayo, Marcelino. *Antología de Poetas Líricos Castellanos*. T. III. Pág. 198.

Olavarría y Ferrari. Pág. 168. *Reseña Histórica del Teatro en México*. Tomo I.

Santullano, Luis de. *Romancero Español*. Pág. 1571.

Sahagún, Fray Bernardino. *Historia General de las Cosas de la Nueva España*. T. II.